



Gráfica climática 21. Obra de Heliodoro Santos (fragmento).

## ***Madres y perros*** **de Fabio Morábito,** **Premio Narrativa** **Colima 2017<sup>1</sup>**

Gloria Vergara  
*Universidad de Colima*

**R**econocer a quienes toman la palabra en un acto de entrega total con nuestra cultura a través del arte es, a la vez, un autoreconocimiento; pues como lectores nos apropiamos de esos mundos creados en la alquimia poética a partir de sueños y sombras colectivas y salimos más renovados a la realidad en el guiño cómplice de la experiencia estética.

Me honra compartir este momento de entrega del Premio Bellas Artes de Narrativa Colima para Obra Publicada, que han recibido, desde 1980, escritores como Sergio Pitol, José Agustín y Elena Garro, Daniel Sada, Mónica Lavín y el mismo coordinador de cultura del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), Geney Beltrán, y quien nos acompaña en el presidium. En esta ocasión Colima recibe a Fabio Morábito para reconocer su capacidad creativa por el libro de cuentos *Madres y perros*.

Fabio Morábito nació en Alejandría, Egipto (el 21 de febrero de 1955), vivió en Italia y radica en México desde 1969. Es poeta, narrador, ensayista, traductor e investigador. Estudió letras italianas en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y traducción literaria en El Colegio de México. Ha recibido diversas distinciones por sus

<sup>1</sup> Texto leído el 25 de mayo de 2018 durante la entrega del Premio Bellas Artes de Narrativa Colima para Obra Publicada (2017) en la Facultad de Letras y Comunicación de la Universidad de Colima.



obras: el Premio Nacional de Poesía “Carlos Pellicer” para Obra Publicada 1985 por *Lotes baldíos*, Premio Nacional de Poesía Aguascalientes 1991 por *De lunes todo el año*, Premio Internacional “White Raven” 1997 por su novela *Cuando las panteras no eran negras*, y en 2015 una distinción por su libro *Cuentos populares mexicanos* (recopilados y reescritos por Morábito), así como el Premio de Narrativa “Antonin Artaud” 2006 por *Grieta de fatiga*.

En la literatura de Fabio, los ámbitos de las culturas mexicana e italiana se funden, pues como él mismo reconoce, la infancia es fundamental en el ejercicio de la escritura: “La cultura, el arte y la literatura italiana me ha proveído de un imaginario: muchos de mis cuentos tienen que ver con ese ambiente” (Fermín, 2018). Y, por otro lado, aunque llegó a los 15 años a México, sin hablar español, dice: “Cuando quise ser escritor no me quedó más remedio que hacerlo en mi lenguaje cotidiano. Cuando uno escribe lo hace en una cultura, en un contexto, rodeado de otros autores con los que dialoga” (Mordzinski, 2014).

Las experiencias de vida llegan de un lado y otro para apropiarse de la página a través de lo cotidiano y lo inesperado del relato. Esto no es excepción en el libro con el que hoy galardonamos a nuestro autor. Dice Daniel Fermín en una entrevista que realizó para *Zenda*:

En el libro de ensayos *El idioma materno* (Sexto Piso, 2014) Morábito cuenta que cuando era joven acampó en una playa con unos amigos y echó a las llamas las páginas de una novela que acababa de leer para evitar que el fuego se apagara. En [“La fogata” de] *Madres y perros* (Sexto Piso, 2017) [...], una mujer se molesta con el protagonista por arrojar un libro a una hoguera que estaba a punto de extinguirse. En otro artículo de *El idioma materno*, Morábito escribe que cuando tenía doce años su padre le pidió que le ayudara a redactar cartas comerciales para sus clientes. En [“Celulosa nítrica” de] *Madres y perros*, un personaje imita el estilo de ese tipo de misivas para hacerle creer a su madre enferma que el negocio familiar se mantiene en pie (Fermín, 2018).

Así, en el amasijo de la realidad y la ficción, de las vivencias personales y las imaginadas, Morábito nos entrega en el libro de cuentos *Madres y perros*, quince relatos que nos sorprenden, ya sea

por sus finales imprevistos —que son más bien comienzos de otras historias— o por el desenfado con el que delinea a sus personajes sintéticos, pasados por tonalidades chaplinescas propias del cine mudo, que se antojan en el traspasado de un mundo de aparecidos, de verdades a medias, múltiples, confusas e inconclusas.

En “El velero”, el narrador nos presenta a Ricaño, un hombre nostálgico del espacio habitado en su infancia, al grado que, con el pretexto de que le interesa rentar el inmueble, visita el departamento en que vivió de niño y, poco a poco se va imponiendo en el orden de la casa hasta que reacomoda los muebles al antojo de su recuerdo y provoca que la hija de la inquilina vea en una mancha del piso, el mismo velero que él veía. El velero se vuelve así el símbolo de un viaje sin tregua al pasado.

Mientras que “En la pista”, otro de los relatos, nos envuelve en la extraña historia de unos corredores vespertinos que recorren a oscuras un día que no se enciende la luz. Empiezan a escucharse jaloneos, golpes, caídas: “¡Bien hecho!”, y se oye la risa de una mujer. En el carril contiguo otra mujer suelta un “Para que aprendan”, y Rudy Alatorre se percata de que perdió la cuenta de las vueltas que lleva. Suben de tono las agresiones verbales y los golpes. Hasta que finalmente la luz se enciende y todos vuelven lentamente a los carriles que les corresponden.

“Más allá del alambrado” cuenta la historia de un chico que va por una pelota de tenis que cae en la casa de enfrente y se enfrasca en un tiempo misterioso, habitado por dos mujeres y un muchacho en silla de ruedas que lo retienen, mientras él lucha por regresar al deportivo. Cuando su amigo Fernando lo encuentra semidormido, descubrimos el mundo fantasmal que hace guiños con los ambientes retratados por Carlos Fuentes en “Muñeca reina” o en Aura. Sólo que en Morábito lo que importa no es tanto el misterio como la verdad a medias, fragmentada, que se multiplica en otras. Así ocurre también en “Los holandeses”, en donde el asunto de los personajes que aparecen en una foto queda sin resolver, pero eso justamente lo que mueve la intriga, cuando el narrador se pregunta si en la foto que Mariana le había ocultado estaban —en lugar de ella y su padre— Philippe y su madre, pues la historia inicia con la imagen de su madre empujándolo en el bote para que fuera a dar un paseo con



los holandeses y ahora que había viajado hasta Amasterdam, sólo para aclarar por qué se bajó del bote, se encontraba con la duda. Los recuerdos de la niñez son recurrentes, aparecen también en otros relatos, como “La cantera”, en donde el pasado nebuloso es igual de incierto que el mundo fantasmal. O en “El balcón” en donde la memoria de la niñez se pone una vez más a prueba entre los personajes que intentan reconstruir un hecho pasado.

“Madres y perros”, relato que da título al libro, nos enfrenta con el miedo del protagonista, a quien su hermano Luis le encarga que vaya a darle de comer a su perra, mientras su madre agoniza en un hospital de Cuernavaca. El narrador lidia con el temor de enfrentarse a la mascota de su hermano durante tres días y, cuando finalmente se decide a enfrentarla, aparece su hermano Luis, quien le dice que ha ido a darle de comer a Ñoqui porque supuso que él no lo había hecho.

¿Y dejaste sola a mamá? Se dio la vuelta sin responderme y me dijo que cerrara la puerta. La cerré y lo seguí hasta la cocina. ¿Quieres un café?, preguntó. Le dije que no. Empezó a lavar un vaso en el fregadero y me dijo: Mamá murió. [...] ¿Cuándo?, pregunté sin dejar de mirar a Ñoqui. Al verla tan dócil sentí vergüenza. El lunes a mediodía, dijo Luis. ¡Pero eso fue hace dos días!, exclamé. Él se sentó a la mesita del desayunador, miró por la ventana y dijo: Si te hubiera avisado, habrías ido corriendo a Cuernavaca, sin darle de comer a Ñoqui. Te lo iba a decir tan pronto como le hubieras dado de comer (p. 27).

“En la parada del camión interestatal”, Morábito narra de forma magistral la historia de dos hombres que esperan el camión, uno de cada lado de la carretera:

Uno tiene saco de pana y el otro carga un maletín. El del saco se afana en que el otro no pierda su camión. Le grita “¡Hey!”, pero el otro no volteo hasta que el camión va pasando. Corre, pero lo deja. 20 minutos después le grita, no hace caso y pierde de nuevo el camión. Hasta que el del saco le tira una piedra para despertarlo, y el otro le responde con los brazos, se da cuenta de que es sordomudo. Ambos han perdido su camión. El de saco se molesta, el otro le enseña la herida causada por la piedra. La lluvia hace que uno se cruce la carretera para guarecerse con el mismo paraguas. Luego el sordomudo quiere ir al baño, el otro

le presta el paraguas y se queda con el maletín tapándose la cabeza. En eso pasa su camión y lo pierde por esperar al sordomudo. Avienta el maletín y éste se abre. De él sale una cabeza. El del saco quiere huir, pero cuando ve que viene el sordomudo lo cierra con temor y se lo regresa. Cada uno está en su acera, llega el del sordomudo, se sube al camión y se va, dejando su maletín. El otro maldice al sordomudo, se atraviesa, piensa esconder el maletín en una zanja, en eso ve que viene su camión, piensa que lo vieron con el maletín y no lo deja en la acera para no levantar sospechas. Cuando llega el camión, sube. El chofer le pregunta: "¿es usted doctor?" Él duda, pero cuando el chofer señala el maletín, dice que sí, con nerviosismo. "Hay una mujer atrás que se siente mal. Vaya a verla, luego le cobro —dijo y arrancó" (p. 94).

De alguna manera este cuento dialoga con "Panadería nocturna", en donde el narrador nos cuenta la historia vista desde las diferentes perspectivas de los personajes. Uno que está de visita y es amigo de los panaderos y otro que va todos los días a comprar pan y se asombra del que siempre madruga. Ambos apenas se ven, como sombras, y cada uno inventa la vida del otro. En este mundo confuso, también aparece el cuento "Oncólogo", en donde no termina de aclararse si una mujer fue a una fiesta buscando a su médico para enseñarle los estudios, o ella es médico y fue a buscar a su amiga, o dejó la hoja de los estudios para que Luis, que era oncólogo, los viera y le diera su opinión, sin tener que consultar a alguien más. Así la fiesta, la carretera y la panadería son espacios cotidianos que vuelven sórdidas y sorprendentes las relaciones humanas.

Las mujeres aparecen de manera enfática en las narraciones "Tumbarse al sol" que pone en entredicho los deseos de una testigo de Jehová frente al personaje que visita una casa de descanso los fines de semana. Luego, en "Celulosa nítrica", la estrategia de las cartas comerciales envuelve la historia de la madre de Mónica, quien se apasiona en la correspondencia del negocio familiar, pero también Mónica encuentra la forma de dar una respuesta cortés a su amiga lesbiana, quien quiere seducirla. En "Roxie Moore" se muestran los deseos libidinosos de los amigos de Roxie, quienes desnudan a la mujer y la colocan bocabajo en el féretro, dando una propina al que cierra el cajón para que así yazca para siempre, y en "Fogata" habla del enredo amoroso a partir de un libro que se quema. Una turista intenta mos-



trar a un joven ladrón que un libro es importante, e insiste en rescatar las hojas del libro hasta que, finalmente, la hojas vuelan, van a dar al agua y ella va tras el chico para hacer una fogota y secar la ropa.

Finalmente, el libro cierra con “The next stop”, en cuyo relato el narrador nos pone ante otra historia de ida y vuelta —al parecer una de las estrategias favoritas de Morábito en este libro—, pues el ayudante de Ramiro, quien va a arreglar el calentador, le cuenta a cachos el viaje de su patrón a Londres para buscar a su hija y decirle que su madre ha muerto. La mayor parte del cuento vemos cómo el narrador va armando la historia, infiriendo, apasionándose; pero al final nos enteramos de que don Ramiro jamás ha ido a Londres. Además, Edwviges es corrido por mentiroso y porque estaba mal de la cabeza.

Como lectores, Morábito nos enseña que la riqueza del relato está en lo fragmentario, en el cambio de voz, en la vuelta de tuerca. Nos enseña a ver en la memoria, en el olvido, en la duda, en la pasión de la oralidad que se enreda con el oficio. *Madres y perros* es una suma de historias que no acaban, pero sí que acaban de empezar.

¡Muchas felicidades a Fabio por este libro y el merecido Premio Narrativa Colima 2017!

**Recepción:** Abril 27 de 2018

**Aprobación:** Junio 22 de 2018

## **Gloria I. Vergara Mendoza**

Correo electrónico: [glvergara@ucol.mx](mailto:glvergara@ucol.mx)

Mexicana. Doctora en letras modernas por la Universidad Iberoamericana. Integrante del Sistema Nacional de Investigadores nivel II y de la Academia Mexicana de la Lengua, entre otras. Profesora-investigadora en la Facultad de Letras y Comunicación de la Universidad de Colima. Líneas de investigación: poesía mexicana y latinoamericana, la hermenéutica y la literatura oral.